



“El punto de partida: nuevas tierras y nueva cartografía”

p. 11-32

Miguel León-Portilla

*Cartografía y crónicas de la Antigua California*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia\\_cronicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



# I

## EL PUNTO DE PARTIDA: NUEVAS TIERRAS Y NUEVA CARTOGRAFÍA





Para entrar en nuestro tema —exploraciones y cartografía de California— escojo un punto de partida que a algunos parecerá en extremo lejano. Lo juzgo, sin embargo, necesario si hemos de valorar en su plenitud la significación que tuvieron los afanes en torno a las tierras californianas y, en suma, al noroeste del Nuevo Mundo. El punto de partida se halla en la que llamaré prolongada obsesión, y en un momento necesidad, de conocer lo que había más allá del *Mare Tenebrosum*, el gran océano que, en opinión de los entendidos del siglo xv, se extendía hasta la mano diestra de las Indias.

Llegar a las Indias por el rumbo del poniente fue precisamente lo que puso en marcha la gran empresa de adentrarse en el *Mare Tenebrosum*. Con tal propósito, y bajo el patrocinio de la corona de Castilla, zarpó Cristóbal Colón en 1492. Sólo que, en sus cuatro viajes, el Almirante de la mar océano, jamás arribó a las Indias. Contra lo que él creyó hasta su muerte, las Indias estaban muy lejos de las islas y Tierra Firme por él tocadas.

Los ensueños de Colón, la que Alejandro de Humboldt llamó su “teología mística”,<sup>1</sup>

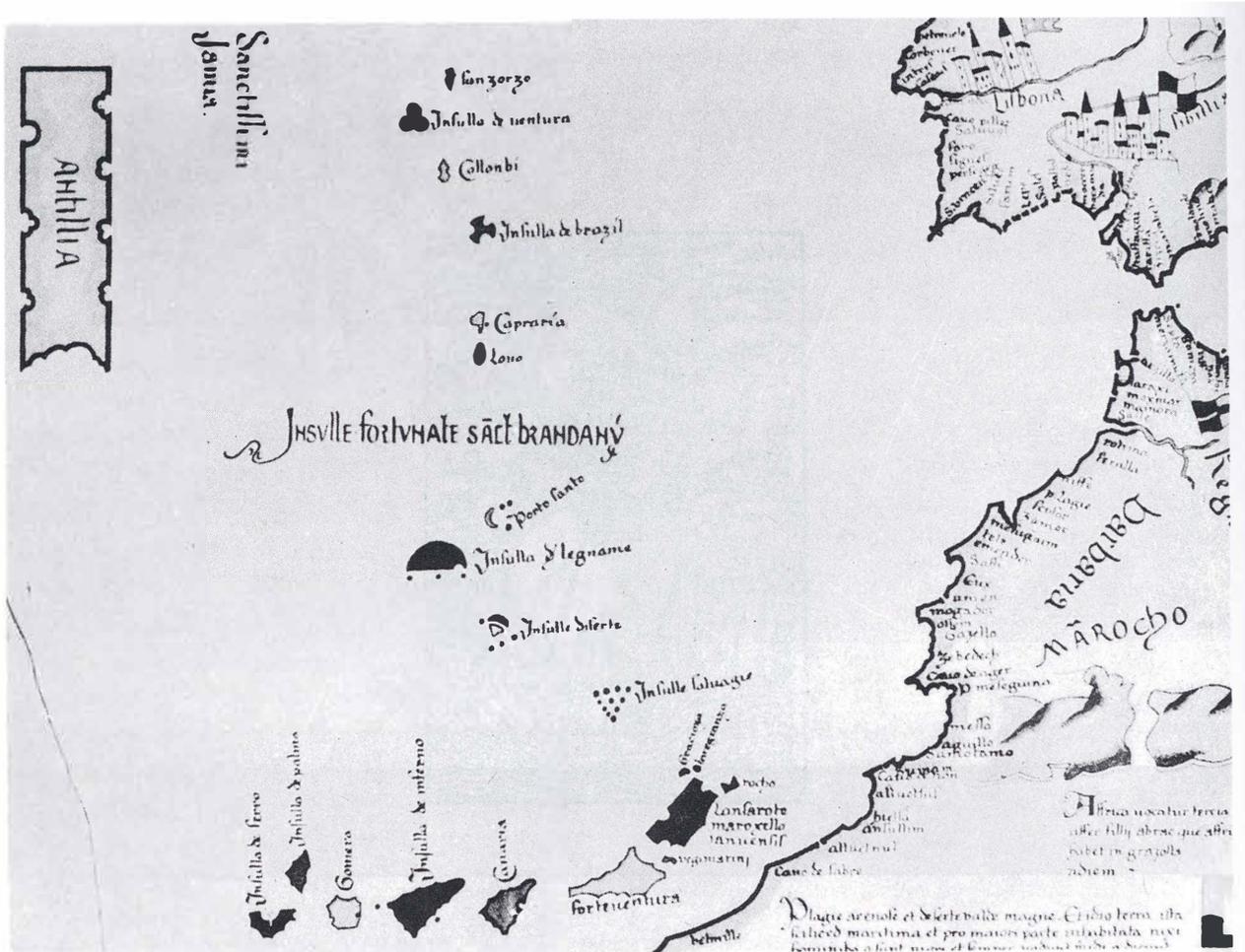
derivada en gran parte de sus lecturas bíblicas, así como las ideas que hizo suyas de la *Imago mundi* (“Imagen del Mundo”) y otros opúsculos del cardenal Pierre D’Ailly, fueron elementos decisivos en las interpretaciones que se forjó respecto de las tierras que había hallado.<sup>2</sup> Creyó, Colón, entre otras cosas, haber contemplado la desembocadura de los ríos que provienen del Paraíso. Y, persuadido, según estaba, de encontrarse en las inmediaciones de Cipango —como nombró Marco Polo a Japón—, de Cathay (China) y la India, llegó a concebir también estar predestinado para consumir otras empresas tan grandes como la reconquista de la Tierra Santa.<sup>3</sup>

El gran error del Almirante, desde muchos puntos de vista explicable pero sobre

<sup>1</sup> Alexander Von Humboldt, *Examen critique de la géographie du Nouveau Continent et du progrès de l’astronomie nautique aux quinzième et seizième siècles*, Paris, 1836, p. 110 y siguientes.

<sup>2</sup> Pierre D’Ailly, *Imago Mundi*, édition de E. Buron, 2 v., Paris, 1930.

<sup>3</sup> Pauline Moffitt Watts, “Prophecy and Discovery: on the Spiritual Origins of Christopher Columbus’s Enterprise of the Indies”, *American Historical Review*, núm. 90, 1985, p. 95-96.



**Figura 4.** Mientras los mapamundis derivados de la Geografía de Ptolomeo nada incluían más allá de las islas Canarias, existían otras cartas, desde las primeras décadas del siglo xv, en las que se abarcaba una parte más grande del “océano Occidental”. Allí aparecen otras islas con nombres como los de San Brandán, Brazil y Antilia. ¿Se hallaban ellas a mitad de camino entre Europa, África y Asia? Uno de tales mapas es éste, dibujado en Génova por Bartolomé Pareto hacia 1455. (Se conserva en la Biblioteca Nazionale, Roma.)

todo desde su propia mentalidad con ribetes místicos, se disipó para otros en lo sustancial relativamente pronto. Pero precisar qué eran y qué perfil geográfico tenían esas islas y tierra firme que Colón y después otros muchos fueron tocando y explorando, habría de requerir largo tiempo.

En esencia la gran cuestión consistía en esclarecer las relaciones de continuidad o lejanía que podían existir entre esas islas y la recién hallada tierra firme por una parte, y el continente asiático por otra. ¿Eran lo descubierto “las extremas partes del Asia”, islas y tierras de las que ni Marco Polo ni nadie en el mundo europeo había alcanzado noticia? ¿O se había encontrado una realidad plenamente diferente, distinta del Asia, es decir separada de ella, lejos de Cipango, Cathay y la India? Y, de ser así, ¿qué perfil y extensión tenía de sur a norte esa gran barrera terrestre

que surgía estorbando la ruta directa al Asia por el camino del poniente?

Responder, con apoyo en la experiencia, a éstas preguntas —y a otras, cómo las tocantes a lo que podía haber en el interior de la masa continental antes no sospechada, y al perfil de sus posibles o probables litorales en dos mares— iba a exigir largo tiempo. En cierto modo tanto como los cinco siglos que lleva de vinculación América con Europa, desde que se inició el proceso de su encuentro en 1492. Esta afirmación se justifica recordando que, aún en fechas muy recientes, se han explorado y reconocido, por vez primera, algunos lugares apartados en el interior de las Américas, como en el extremo norte de Alaska y Canadá, y en las grandes cuencas del Amazonas y del Orinoco.

Ahora bien —y esto explica por qué hemos elegido aquí un punto de partida al pa-

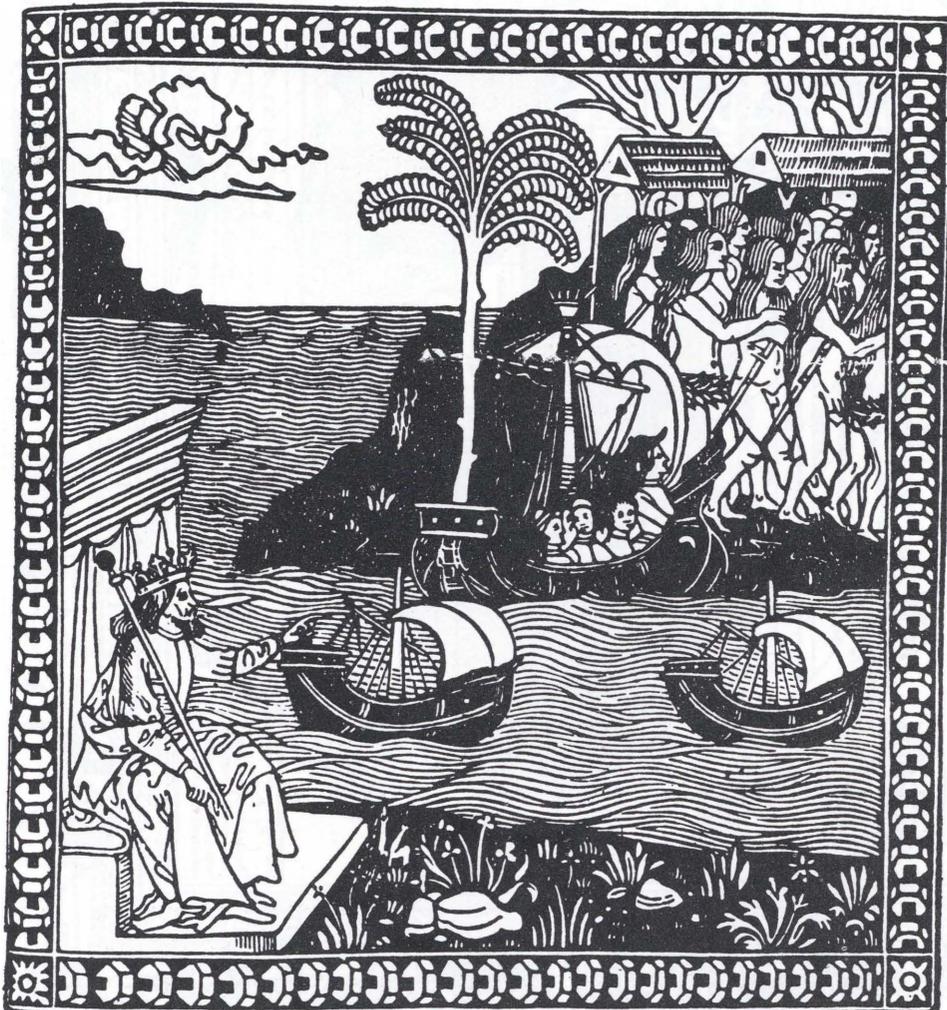


**Figura 5.** Mapamundi de Johannes Myritius. En él, casi cien años después del primer desembarco de Colón en el Nuevo Mundo, éste aparece unido —sin solución de continuidad en su parte noroeste— con Asia. Así, en el extremo superior izquierdo del mapamundi se lee “India Orientalis”. Y dejando abierta la posible existencia de un estrecho por el norte que comunicara los dos océanos, se lee “Litora incognita” (litorales desconocidos). (Incluido en el Opusculum Geographium Rarum, de Myritius, Ingolstadt, 1590.)

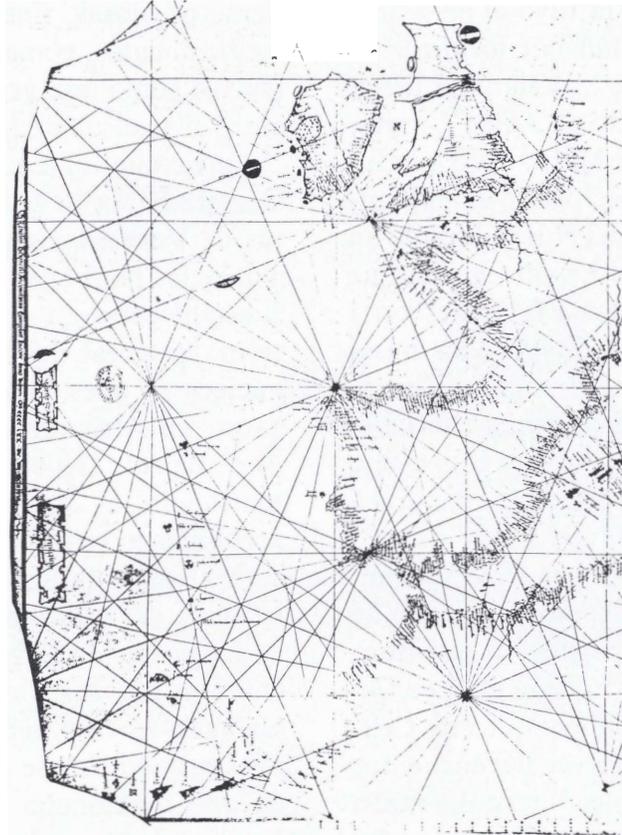
recer tan alejado de nuestro tema —las Californias—, fueron los litorales del noroeste de América del norte los que, a lo largo de tres siglos, continuaron planteando el mayor número de incertidumbres. Estas, a su vez guardaban relación estrecha con dos puntos cuyo esclarecimiento fue de primordial importancia, tanto por razones de comprensión geográfica como por intereses económicos.

El primer punto tenía que ver con la cuestión de la continuidad o separación geográfica de América con respecto al Asia. Según veremos, relativamente pronto se comprobó que tal unión no existía en el hemisferio sur. No obstante, el problema perduró con respecto al extremo noroeste. Hay así mapas de fines del siglo xvi que todavía muestran continuidad geográfica por el noroeste entre América y Asia. Cuando, ya en el xvii, pre-

valeció —sin haber sido comprobada— la creencia de que se trataba de dos continentes plenamente separados, se siguió desconociendo cuál era realmente el perfil geográfico del Nuevo Mundo a lo largo de sus litorales noroccidentales. Por algunos años continuó pensándose que tales litorales abarcaban los de una gran península, California, desde el Cabo San Lucas hacia el norte, sin término alguno definido. A partir de 1624, la península pasó a representarse como enorme isla, más allá de la cual poco o nada podía precisarse. Esto explica que las varias expediciones que zarparon de puertos mexicanos en los siglos xvi al xviii con rumbo al noroeste, llevaran consigo propósitos de reconocimiento geográfico. En este sentido la posibilidad de configurar con base experimental una cabal *imago mundi* en el gran ámbito del noroeste de América y sus



**Figura 6.** Fernando el Católico en una orilla del océano aparece señalando a las naves de Colón, que han llegado a islas en las que habitan hombres y mujeres desnudos. Grabado incluido en una de las primeras publicaciones en que se dio a conocer el primer viaje de Colón: *La lettera delli isole che ha trovato nuovamente il re di Spagna, Firenze, Ottobre, 1493* (ejemplar único en el Museo Británico).



**Figura 7.** La península Ibérica y las lejanas islas del océano Occidental en un portulano de Grazioso Benincasa, marino y mercader que realizó muchas navegaciones por el Mediterráneo y el mar Muerto. Este mapa es parte de un Atlas firmado por Benincasa en Roma, 1470. En este mapa aparecen también la isla Antilia y otras, océano adentro.

confines con Asia, continuó dependiendo hasta fines del siglo XVIII de las exploraciones a lo largo de las costas de las Californias hasta Alaska.

El otro punto que justifica haber elegido como arranque lo que parece momento muy alejado de nuestro tema, guarda también relación estrecha con las Californias. Se trata de un interés que, desde antes de que éstas se descubrieran, había entrado ya en el juego de las ambiciones de los europeos. No habían abandonado esta idea de llegar a las Indias por la ruta del Poniente. Así, cuando los seguidores y émulos de Colón se dieron cuenta de que habían topado con una gran barrera de tierras que, desde muy al norte, estorbaba el deseado camino a las Indias, buscaron de inmediato algún paso o estrecho de mar que, interrumpiendo la barrera, les permitiera alcanzar su meta. La búsqueda la inició Juan Caboto, padre del célebre Sebastián, en 1509. Afirmó él haber hallado entonces un “secreto de la naturaleza” que consistía en una entrada, por el Atlántico del norte, el tan deseado paso o estrecho. Al parecer Juan Ca-

boto había atravesado el estrecho que lleva a la boca de la bahía de Hudson.

A partir de tal viaje, en el que no se siguió más lejos, perduró el empeño de descubrir el “paso del norte”, para llegar más en breve a las Indias. Varios marinos ingleses lo intentaron a lo largo del siglo XVI, reiterando las búsquedas desde el Atlántico, y uno, Francis Drake en su viaje alrededor del mundo, quiso encontrarlo desde el Pacífico. Drake, navegando a lo largo de los litorales Pacíficos desde el estrecho de Magallanes, continuó avizorando las costas californianas hasta desembarcar cerca de San Francisco en 1578. Tomó allí posesión de la tierra en nombre de la reina Isabel I y la llamó “Nueva Albión”. Prosiguió luego su viaje exploratorio hacia el norte, hasta alcanzar los 48°. No habiendo localizado la deseada entrada al estrecho o paso del norte que comunicara con el Atlántico, enfiló proa con rumbo al Asia.

La sola presencia de Drake en 1578 en aguas del Pacífico, su desembarco en California y su búsqueda del “paso del norte”, bastan para valorar la significación geopolíti-

ca y económica que pronto tuvo el área noroeste de América. Tal afán por localizar el anhelado “paso del norte”, designado luego con el nombre de “estrecho de Anián”, según una tradición recogida por Marco Polo, perduró por siglos, siempre relacionado con el empeño de precisar el perfil del Nuevo Mundo en su septentrión occidental. La cartografía que se elaboró desde el XVI hasta fines del XVIII —y en el caso de algunos despistados hasta principios del XIX—, da testimonio de las incertidumbres que por tanto tiempo continuaron prevaleciendo. En tales mapas el extremo noroeste de América aparece representado en una gama casi inverosímil de formas.

A la luz de lo hasta aquí expuesto se comprenderá mejor —así lo espero— por qué he escogido como punto de partida en este libro sobre cartografía y crónicas de la antigua California, el momento mismo en que con Cristóbal Colón se inició el proceso del encuentro de Dos Mundos, el Viejo y el Nuevo. La razón central es, en resumen, que sólo así podrá valorarse a fondo lo que llegaron a significar a lo largo de tres siglos, y para siempre, las exploraciones que, por mar y tierra, fueron mostrando el perfil y las realidades, muchas de ellas maravillosas, de las Californias.

Retomemos, pues, el hilo de la historia y hurguemos en sus antecedentes.

*El trasfondo del viaje de Colón, cuando, dificultado el comercio con el Asia por el Oriente, hubo de buscarse una ruta por el Occidente*

En el “todo cultural” de los pueblos, reinos y naciones, tienen por supuesto lugar muy importante sus intereses económicos. Y así fue también en este gran capítulo de la historia. No ya sólo a lo largo del siglo XV, sino desde mucho tiempo antes, las naciones europeas habían recibido del Oriente, a través de varias rutas comerciales, gran número de productos tenidos en suma estimación. En última instancia esas manufacturas y materias primas provenían de diversos lugares de China, la India, el archipiélago de las Molucas, la región del golfo Pérsico y las tierras de Arabia. Entre otras muchas cosas, el comercio de importación, que venía a satisfacer con frecuencia lujos y otras formas de requerimientos suntuarios, incluía tejidos de seda, tapetes, damascos, porcelanas, cristales, ma-

deras preciosas, tinturas, perfumes, drogas, medicamentos, gomas, piedras preciosas, perlas, así como una gran variedad de especias, entre ellas el clavo, la pimienta y la canela.<sup>4</sup>

De tiempo inmemorial ese comercio con el Oriente había llevado a grupos de mercaderes de Venecia, Génova y Pisa, Barcelona y Valencia, Narbona, Marsella y Montpellier, a establecerse en diversas ciudades del extremo oriental del Mediterráneo. Así había núcleos de tales comerciantes, entre otros lugares, en Alejandría, El Cairo, San Juan de Acre, Beirut, Trípoli, Antioquía, Alepo, Constantinopla, al igual que en varias islas del archipiélago griego. En esos y otros sitios encontraban su destino final las rutas comerciales que, de múltiples formas, se originaban en las costas de China y la India. En juncos chinos o japoneses o en otras embarcaciones malayas se embarcaban originalmente muchos productos y se despachaban así a Malaca que funcionaba como importante centro comercial. Mercaderes árabes y de la India acudían también a ese lugar y transportaban luego sus productos con dirección al puerto de Ormuz en la entrada del golfo Pérsico. De allí se pasaba al mar Rojo y luego, ya por tierra, en caravanas y a veces, valiéndose también de barcas a lo largo del Nilo, las mercaderías del Oriente llegaban al fin al ámbito del Mediterráneo. Otras rutas había más al norte, cruzando el desierto de Gobi en busca de ciudades como Samarkanda y Bohkara hasta llegar unas veces al mar Caspio y otras al Muerto y de allí al Mediterráneo a través del Asia Menor.

Tales rutas comerciales, con todo lo que aportaban, habían influido ampliamente en el desarrollo económico, en la cultura y en importantes procesos históricos que se desarrollaron en el ámbito de Europa. A uno solo de estos aludiré, el de las Cruzadas que, además de sus obvias intenciones de reconquista de los lugares sagrados, llevaba también consigo el propósito de detener los avances procedentes del Oriente que amenazaban la existencia de centros de intercambio comercial tan importante como los que se han mencionado.

<sup>4</sup> Sobre las alteraciones en las relaciones comerciales entre Europa y el Oriente que influyeron en la búsqueda de una ruta por el Poniente y en el descubrimiento o encuentro con América, véase Edward Potts Cheyney, *European Background of American History, 1300-1600*, New York, Collier Books, 1966.

Por otra parte, las noticias fabulosas que, de boca en boca, se transmitían acerca de esos países del Oriente habían despertado desde tiempo atrás en algunos atrevidos el deseo de viajar para conocer lo que allí había. El más famoso de tales viajeros fue el veneciano Marco Polo (1254-1325) que, en compañía de Nicolás, su padre, y Mateo, su tío, partiendo de San Juan de Acre, emprendió en 1271 un largo recorrido hasta la corte de Kublai Kan en China. Desde allí Marco Polo hizo numerosas salidas cumpliendo muchas veces encargos del gran Kan. De este modo anduvo por distintas partes del Asia y recogió noticias directas de otras más lejanas como Cipango (Japón). El libro que escribió acerca de sus viajes, que se prolongaron por más de veinte años, despertó enorme interés. Ampliamente leído, fue poderoso incentivo para conocer más acerca del Oriente. Consta que Colón se aprovechó grandemente de su lectura.

Las relaciones comerciales con el Oriente comenzaron a alterarse desde principios del siglo xv. El poderío de los turcos se dejaba sentir ya con toda su fuerza en el ámbito oriental del Mediterráneo. La caída de Constantinopla en 1453 y la ocupación sucesiva de casi todos los centros del Cercano Oriente, del archipiélago griego y del norte de África, donde había establecimientos de comerciantes europeos, puso en peligro de desaparición al antiguo intercambio con el Asia.

Esta realidad, cuya significación no puede minusvaluarse, por una parte se convirtió en acicate de nuevos preparativos bélicos contra el Turco y, por otra, despertó el interés por descubrir nuevas rutas que llevaran también al Asia por caminos muy distintos. Las exploraciones de las costas del África con miras a descubrir si acaso por su extremo sur podía llegarse al océano Índico fueron sin duda un primer intento de respuesta al problema. Por otro lado, la idea generalmente aceptada de la redondez de la tierra planteaba la posibilidad de encontrar una ruta al Asia precisamente por el occidente, es decir, por el mar océano, más allá de las Columnas de Hércules y de las Azores y las Canarias.

Una primera culminación de las exploraciones a lo largo de las costas de África la alcanzó el portugués Bartolomeu Díaz en 1486-1487. Si bien llegó éste al extremo sur de dicho continente, no pasó ya al océano

Índico. Ello lo lograría al fin Vasco de Gama, varios años después, en 1497.

#### *Para navegar al Asia por la ruta del poniente*

Parecidos intereses a aquellos que habían determinado el avance en las exploraciones de las costas de África, hasta llegar a su extremo sur, para doblar luego con rumbo a la India, avivaron la hipótesis de navegar con destino al Asia siguiendo una ruta por el poniente. La idea que afloró en el pensamiento de hombres como Paolo Toscanelli y, por supuesto, Cristóbal Colón, no hubiera sido posible sin una serie de recientes descubrimientos y redescubrimientos en materia de cartografía y del arte de la navegación.

Por una parte, desde fines del siglo xiii existía el gran invento de los mapas portulanos. Fruto directo de la experiencia de quienes surcaban los mares, en especial el Mediterráneo, vinieron a ser guía, la mejor hasta entonces, para ir de un puerto a otro (de aquí su nombre de *portu-lano*). Constituyen así el más próximo antecedente de las modernas cartas de navegación. En síntesis, los mapas portulanos pueden describirse como representaciones de determinadas zonas marítimas en las que, por medio de líneas, que a primera vista se antojan telas de araña, se ofrece un gran índice de las direcciones que pueden seguirse para navegar de un lugar o puerto a otro. Los trazos de las líneas son obviamente distintos en los diversos portulanos. Las líneas irradian a veces de puntos determinados, situados en el interior de círculos especie de rosetas de los vientos. En otros casos las líneas tocan tangencialmente a los dichos círculos. Intersectándose de múltiples formas, dan lugar a la aparición de rectángulos, triángulos y paralelogramos. Contra lo que pudiera suponerse, no constituyen sistemas de coordenadas. Como ya se dijo, son en esencia indicadores de direcciones para la navegación.

De inmensa utilidad fueron tales cartas o mapas y de ellos puede afirmarse que eran portadores del saber marino derivado de la experiencia. Con los portulanos el arte de la navegación logró nuevas formas de desarrollo. Hallazgo también fundamental fue el de la brújula. Introducida por los árabes en el contexto europeo, comenzó a emplearse

en el siglo XII. Ya en el XV, se le acopló un sistema de suspensión que hizo posible se mantuviera en posición horizontal no obstante los sacudimientos de las embarcaciones.

Además de los dos referidos descubrimientos, algún tiempo después, en la segunda mitad del siglo XV, tuvo lugar un redescubrimiento de capital importancia en materia de cartografía. Fue éste el hallazgo y ulterior difusión de la *Geographiké Syntaxis* del griego Claudio Tolomeo, (Tolomeo, c. 90 - c. 168 d. C.).

Una primera impresión de dicha obra, traducida al latín, vio la luz en 1475. Ediciones posteriores, como las de Nicolás Germanus en 1482 y 1486, enriquecieron el contenido de la obra. Entre otras cosas aportaron nueva información sobre las islas en el Atlántico, Inglaterra, Irlanda e Islandia, así como acerca de la península Escandinava.

Con la difusión de la geografía de Tolomeo se reafirmó la antigua creencia en la redondez de la tierra. También se aceptaron ya generalmente las divisiones por él introducidas con base en un ecuador (*equator*: que divide en zonas *equales*, iguales, los hemisferios norte y sur); así como en razón de dos líneas tropicales. Había él dividido también el ecuador en 360 grados que, continuándose en círculos —los meridianos— llegaban a ambos polos. Paralelos al ecuador había trazado otros círculos, que designados precisamente con el nombre de *paralelos*, señalaban los grados de latitud al norte y al sur, es decir establecían un preciso sistema de coordenadas.

En cambio, dos grandes limitaciones incluía la *Geografía* de Tolomeo. Una es lo reducido de la superficie terráquea representada en sus mapamundis. Abarcaba ésta sólo aproximadamente 180 de los grados de longitud en que dividía la esfera terrestre. En dicha superficie se hallaban en el extremo izquierdo las islas Afortunadas (Canarias); un mar Mediterráneo de extensión poniente-oriente sumamente exagerada, y luego el Asia, hasta llegar, en el extremo derecho del mapa, a una zona correspondiente a la región central de *Sina* (China). De la otra mitad de la superficie del globo no daba información alguna. Podía suponerse al menos que las regiones más orientales de Asia se hallaban en ella.

La otra limitación de la Geografía ptolemaica se derivaba de haber reducido consi-

derablemente el tamaño del globo terrestre. Disminuidas las extensiones de las longitudes y latitudes (meridianos y paralelos), medidos estos últimos a partir de la línea Ecuatorial, la superficie terrestre se reducía en dos séptimas partes o sea en cerca de veintiocho por ciento. A este error debe añadirse otro derivado del hecho de que Tolomeo, al escoger como primer meridiano el de las islas Afortunadas (Canarias), debido a desconocer la verdadera posición geográfica de éstas, lo situó como si ellas estuvieran cerca de siete grados más al oriente.

Uno y otro errores obviamente inducían a pensar que, puesto que el Asia se extendía más allá de la superficie representada (sólo se abarcaba en los mapamundis hasta el centro de China), los extremos de dicho continente debían rebasar los 200 grados. Colón llegó a pensar que los confines del Asia se extendían hasta los 230 grados de la superficie terrestre. En consecuencia el llamado *Mare Tenebrosum* o sea el océano Atlántico, desde las islas Afortunadas hasta el extremo del Asia, abarcaría sólo cerca de 130 grados de longitud. Según esto, la distancia que había entre las Canarias y la isla de Cipango, que Marco Polo situaba en los extremos del Asia, no excedía a unas 3,000 millas náuticas de la época, cerca de 5,550 km.

Precisamente lo referido por Marco Polo respecto de esa gran isla con tejados de oro que se llamaba *Cipango* (Japón) había influido ya en algunas producciones cartográficas elaboradas desde el primer tercio del siglo XV. En ellas, rebasando los límites característicos de los mapamundis ptolemaicos, se representaba una parte considerable del *Mare Tenebrosum*, más allá de las islas Canarias. En esa parte del Atlántico se situaban varias islas, algunos de cuyos nombres, en formas imprevisibles, habrían de perdurar para siempre. Eran ellos los de las islas “*Brazilia*”, “*Antilia*” y, la más lejana, “*Cipango*”. Tales islas bien podían antojarse como especie de piedras por las que sería posible ir saltando —es decir navegando— para encaminarse a las Indias por la ruta del poniente.

El conjunto de todos estos descubrimientos (portulanos y brújula mantenida en posición horizontal), redescubrimiento de la geografía ptolemaica y ampliación de la misma con la representación de otras islas mucho más al poniente de las Canarias, sin duda contri-

buyó a hacer más viable la idea de ensayar una nueva forma de navegación con destino a las Indias. Estas —de dar crédito a Ptolomeo— se encontraban menos alejadas de las Canarias de lo que antes pudiera haberse pensado. Ciertamente parecía haber base para esperar que la ruta del poniente sería más corta que la optada por los portugueses circunnavegando al África.

### *Cristóbal Colón y el globo terráqueo de Martín Behaim*

Tanto este globo terráqueo, conservado en el Museo Municipal de Nuremberg, como un mapamundi existente en la Biblioteca Nacional de París, ambos diseñados hacia 1492 o poco antes, son de la mayor importancia para comprender cuál era la imagen del mundo que tenía Colón al embarcarse con rumbo al poniente.

El globo, construido bajo la dirección de Martín Behaim (1459-1507), cosmógrafo, navegante y mercader alemán, que estuvo por algún tiempo sirviendo al rey de Portugal, tiene el gran valor de reflejar lo que las mentes más ilustradas del momento concebían, tanto con base en la geografía ptolemáica como en recientes expediciones y relatos tenidos por fidedignos, acerca de la *imago mundi*. En el globo es también perceptible la influencia del cardenal Pierre D'Ailly, que a su vez había dejado honda huella en el ánimo de Colón. De particular interés es cuanto se muestra en el globo más allá de Europa y de las islas Canarias. El océano Atlántico aparece con abundancia de inscripciones y en él se sitúan además numerosas islas. Se concede importancia a la de Antilia, en cuyas inmediaciones se representa una embarcación, y a la muy grande de Cipango (o Zipango) cerca de la cual hay otras muchas islas menores. Más al poniente se trazan ya los confines del Asia continental. Al decir de Michel Mollat y Monique de la Roncière:

La representación del Atlántico en el globo de Behaim traduce las ideas de Colón tan fielmente que estamos justificados al pensar que el mercader de Nuremberg [así se refieren a Martín Behaim] que, durante su estancia en Lisboa, había sido admitido al círculo de profesionales que rodeaban al rey, en 1485 y años siguientes, haya tal vez tenido en sus manos los textos que Colón había presentado a Juan II el año anterior en apoyo de sus audaces planes.<sup>5</sup>

A su vez, el ya mencionado mapamundi, también portulano, conservado en la Biblioteca Nacional de París, merece considerable atención. En esencia se trata de una carta ptolemáica pero con no pocas innovaciones. Estas se hallan en la nomenclatura a lo largo de las costas de África de acuerdo con lo descubierto por los portugueses hasta el cabo de Buena Esperanza al que había llegado Bartolomé Díaz en 1487. Por el rumbo del Atlántico, la parte representada va mucho más allá de las Canarias. Y, como en el globo de Behaim, también en este mapa aparecen varias islas. Al noroeste se sitúan las de “Frixlandia” y “Brasil”; bajo la rosa de los vientos están las de “las Siete Ciudades”, indentificadas a veces con la Antilia y relacionadas con una antigua leyenda que, de varias formas, reaparecerá luego en el contexto del noroeste de América, no lejos de California.

Fuera ya del mapamundi, a la izquierda, se ve un mapa muy reducido del mundo, circundado por las nueve esferas celestes con sus respectivos nombres, testimonio claro de la concepción geocéntrica del universo. Gracias al contenido de las numerosas inscripciones incluidas en el mapa ha sido posible proponer una hipótesis acerca de quién fue su autor. La mayoría de los dichos textos están tomados de la *Imago mundi* del Cardenal D'Ailly. Otros parecen provenir de los propios conocimientos de quien diseñó el mapa. Así, cerca de Islandia, se lee que dicho país se llama *Thile*, de la que Séneca en su tragedia sobre *Medea*, anunció que “tiempos vendrán en que esa Tule (*Thile*), no sería ya el confín de la Tierra. . .” En ambos extremos inferiores del mapamundi se indica que, aunque está dibujado sobre una superficie plana, debe considerarse que se trata de una esfera.

Tal vez lo más interesante es que hay además otras anotaciones que coinciden a la letra —incluyendo un caso de error en la transcripción— con los textos de varias apostillas redactadas de mano de Cristóbal Colón en los márgenes de su ejemplar de la obra del Cardenal D'Ailly. En ese ejemplar, preservado hasta la fecha en la Biblioteca Colombina de Sevilla, hay una nota en que don Cristóbal menciona sus cuatro mapas que incluyen

<sup>5</sup>Michel Mollat du Jourdan and Monique de la Roncière *et alii*, *Sea Charts of the Early Explorers, 13th to 17th Century*, London, Thames and Hudson, 1984, p. 210.

además una esfera, cual es precisamente el caso del mapamundi que aquí se está describiendo. La pregunta es obvia: ¿fue Colón el autor de este mapa?

Aunque son grandes los indicios de que así fue, debe esperarse una prueba definitiva. Por el momento baste con afirmar que tanto en el globo de Behaim como en este mapamundi se reflejan de modo muy claro las ideas que tuvo Colón de la esfera terrestre muy poco antes de intentar alcanzar las Indias por el camino del poniente.

### *Inicios del largo proceso de configuración de una nueva imagen del mundo*

La sola lectura de las cartas de Colón, en las que informó sobre los resultados de sus cuatro viajes (escritas entre 1493 y 1504), pone de manifiesto no sólo su equívoco de creer que originalmente había desembarcado muy cerca de Cipango (Japón) sino también su persuasión, hasta el fin, de haber llegado por el occidente al Asia. Recordando sus propósitos un día después de haber desembarcado en la isla de Guanahaní, escribió en su diario, según la transcripción que de él nos conservó nada menos que fray Bartolomé de las Casas:

Mas por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango . . .<sup>6</sup>

Y en la comunicación que dirigió a los Reyes Católicos tocante al cuarto de sus viajes, asienta:

Llegué a tierra de Cariay . . . En todos estos lugares a donde yo había estado fallé verdad todo lo que yo había oído; esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare que, según ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por el poniente; allí dicen que hay infinito oro . . . También todos conocieron la pimienta. En Ciguare usan tratar de ferias y mercaderías . . . Otros dicen que las naos [de allí] traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos . . .

Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo y que un grado equinoccial está cincuenta y seis millas y dos tercios . . .

Llegué el 13 de mayo [de 1503] en la provincia de Mago, que parte con aquella de Cathayo [China], y de allí partí para la Española . . .

<sup>6</sup> “Diario de Colón”, tomado de la obra de fray Bartolomé de las Casas e incluido en la edición de Ignacio B. Anzóategui, *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, p. 32.

Dicen que en la tierra adentro, hacia el Cathayo, las hay [mantas] tejidas de oro . . .<sup>7</sup>

Como lo expresa una de las inscripciones en el pequeño mapamundi al que circundan las esferas celestes, el texto que aparece junto a Cathay (China), allí se halla el Paraíso terrenal. Colón —según él mismo lo escribió— creyó haber contemplado la desembocadura de los ríos que provienen del dicho Paraíso. Ello fue en el tercero de sus viajes cuando navegó frente a las bocas del Orinoco. Nada tiene, por tanto de extraño, que en su citada carta manifestara hallarse en una región “que parte —colinda— con aquella de Cathayo [China]”.

Para seguir, paso a paso, el largo proceso de la configuración de una nueva imagen del mundo —en el que las Californias llegarán a tener lugar muy importante— lo mejor será acercarse a la cartografía que se fue produciendo a raíz de los viajes de Colón y de cuantos prosiguieron las exploraciones al norte, poniente y sur de las Antillas. Fundamentalmente se produjeron entonces dos géneros de mapas: aquellos que, de un modo o de otro, pasaban a integrar el llamado “Padrón General”, conservado celosamente en Sevilla, y los más abundantes y difundidos mapas, debidos a cartógrafos de diversos orígenes. Entre estos últimos había quienes lograban obtener informaciones fidedignas, bien sea de los mismos marinos o sustrayendo, como podían, algo al menos de las noticias y cartas que eran parte del Padrón General.

No corresponde por cierto al tema de este libro intentar una reconstrucción del complejo proceso a través del cual se fueron adquiriendo los nuevos conocimientos geográficos, fruto de las varias expediciones. Bien claro está que el presente capítulo se concibe con el propósito de situar, de modo más adecuado, la significación que más tarde alcanzarán las Californias en esos dos puntos tan importantes ya descritos: el del posible paso del norte para llegar al Asia por la ruta del poniente y el del cabal perfil noroccidental del Nuevo Mundo, es decir en suma, la relación de éste con el continente asiático en sus extremos septentrionales. De esta suerte, al atender al que

<sup>7</sup> “Carta a los Reyes Católicos referente al cuarto viaje”, en Anzóategui, *op. cit.*, p. 191-192, 200.

llamamos largo proceso de configuración de una nueva imagen del mundo, nos detendremos aquí en un año que cabe tener como clave, el de 1522, por las razones que en su momento serán objeto de atención.

Lo que en dicho año ocurrió guarda relación con las Californias y con el arraigado propósito de llegar a las Indias por la vía del poniente. No debe olvidarse que, hasta que los europeos no acabaron de valorar al menos en buena parte las potencialidades inmensas que les ofrecía el Nuevo Mundo, continuaron obsesionados —o ambivalentes al menos en el mejor de los casos— con su arraigada idea y anhelo de alcanzar las Indias.

### *Cartografía, reflejo de la experiencia*

En contraposición con los antiguos mapas que o eran mera copia de las ideas ptolemáicas o fruto de solas especulaciones, la cartografía que comenzó a producirse da testimonio de las experiencias de quienes habían llegado a las islas que se conocerían como Antillas (la Española o Santo Domingo, Cuba o Isabela, Puerto Rico . . .), y desde allí emprenden luego ulteriores expediciones.

Un primerísimo testimonio de lo que comenzaba a conocerse, lo ofrece el célebre mapa debido a Juan de la Cosa que había navegado con Colón en 1493-1494 y había hecho otros viajes a lo largo de las costas americanas. En esa carta, además de representarse las Antillas, más allá de las dichas islas, se delinea con perfiles inciertos una gran masa terráquea, que va del extremo norte al sur.

Con pequeñas banderas se señala qué reinos han patrocinado los hallazgos de las distintas islas y tierras. Desde luego que en el mapa de Juan de la Cosa no se expresa si la gran masa terráquea, que aparece como barrera al océano, es parte del Asia o es un continente desconocido. Es ésta la primera carta en la cual la imagen del mundo se representa de un modo por completo distinto al de los esquemas ptolemáicos.

Además del mapamundi de Juan de la Cosa se conservan unas esquemáticas cartas —copias tempranas hechas por Alessandro Zorzi— de otras atribuidas a Bartolomé Colón, hermano del Almirante. Producidas

después del cuarto viaje de éste en 1503, en ellas se delinearán las islas y tierras adyacentes a las que había llegado don Cristóbal. Quien realizó el hallazgo de estas cartas, Franz R. von Wieser, explica que aparecieron como dibujos marginales en una copia de la carta de Colón, fechada el 7 de julio de 1503, en la que describe su tercer viaje.

A pesar de lo esquemático de la representación, las ideas del Almirante quedan plenamente al descubierto: las islas Antillas están situadas en el mar (muy reducido) entre los macizos de África y Asia. Abajo de las islas, cruzada por la línea “equinoctialis”, hay otra masa de tierra en la que se registran los topónimos Curiana, Paria y otros. Más abajo se lee “Mundo Novo”, lo que denota que se considera que tal masa terrestre al sur de las Antillas, por ser antes desconocida, merece tal apelativo: Ello, sin embargo, no significa que se tenga como separada del Asia, con la que se ve unida.

En un segundo dibujo, tan esquemático como el descrito, se delinea precisamente aquella parte del mundo cuya fachada aparece en el extremo izquierdo de la carta anterior, o sea el Asia. Si en la fachada occidental del Asia se leen los topónimos que Colón menciona en sus escritos, “Cariái, Carambaru, Bastimentos y Belpuerto”, a la izquierda se registran con letras más grandes los de las regiones o “países” del Asia: “Sinarum situs” (lugar de las Chinas), “India extra Gangem Fluvium” (India más allá del río Ganges), “India intra Gangem” (India interna al Ganges).

Estas pequeñas cartas, que muestran una concepción muy diferente a la que conlleva el mapa de Juan de la Cosa, son reveladoras de la ambivalencia geográfica, que todavía en 1503-1504, seguía prevaleciendo.

Tal ambivalencia, que no impide dar entrada a las noticias derivadas de ulteriores viajes exploratorios, se torna también patente en varios mapamundis elaborados entre 1506 y 1508. Conviene notar que, a partir de 1497, varias importantes expediciones se habían llevado a cabo: las de los Cabotos, Juan y Sebastián (1497-1498), al servicio de Inglaterra, a lo largo del extremo norte de América; las de Gaspar y Miguel Corte-Real, súbditos de Portugal, por rumbos también septentrionales; así como, en el hemisferio



sur, las de Américo Vespucio (1499-1502) y Pedro Alvarez de Cabral (1500).

Mapamundi bien conocido es el de Giovanni Matteo Contarini, grabado por Francesco Roselli. Publicado en 1506, trabajado en cobre, ostenta una proyección oval. En él, más allá de las islas Antillas, no aparece la gran barrera terrestre del mapa de Juan de la Cosa, sino sólo una amplia superficie, casi toda en el hemisferio sur, que ostenta el nombre de *Terra S. Crucis*. Tal nombre, como es sabido, le había sido dado en 1500 por Pedro Alvarez de Cabral a una parte del litoral del Brasil.

En lo que toca a la masa que se ve al norte, se indica que fue descubierta por navegantes portugueses. Ignorando los viajes de los Caboto (1497-1498), se alude en este caso a los de los Corte-Real en 1500-1501. A diferencia de lo que se señala como algo antes desconocido en la gran masa meridional, la septentrional se representa como el extremo del Asia, nombrándola “Provincia de Tangut”, con una designación tomada de Marco Polo. En el lugar que correspondería a una parte de México, se ve la isla llamada Cipango (Japón).

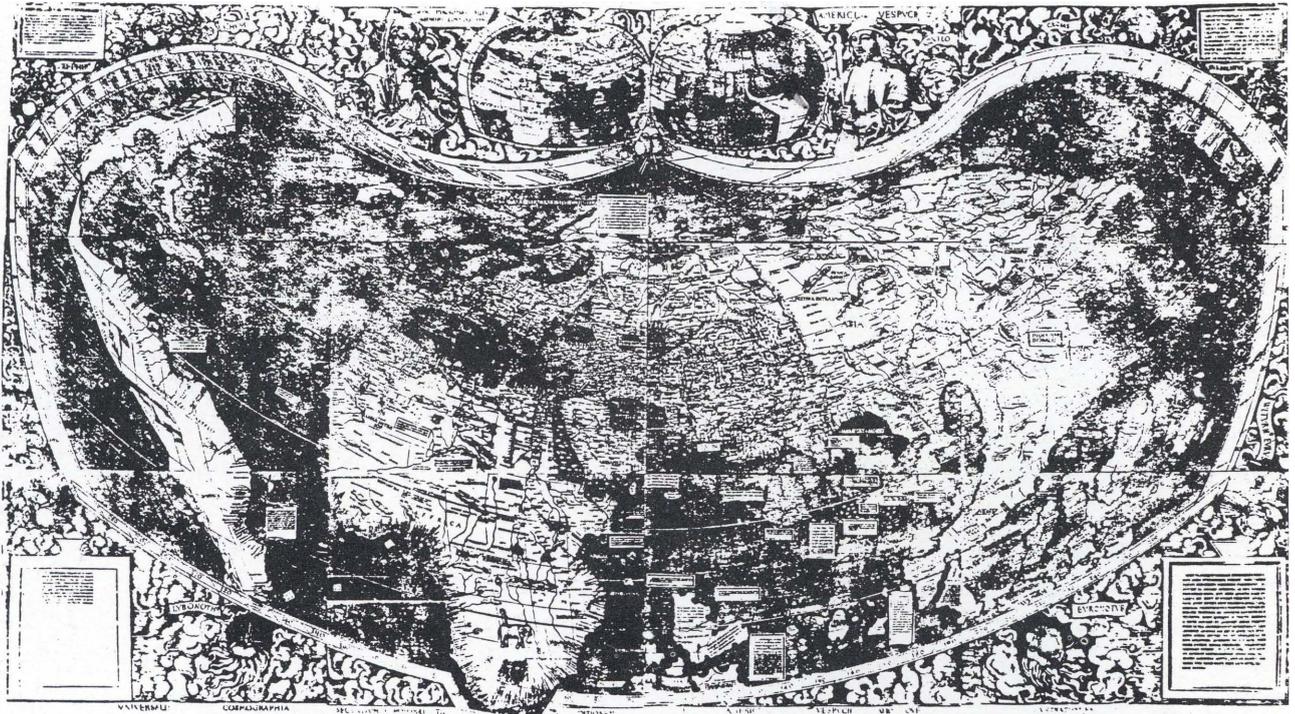
El año siguiente, 1507, fue más pródigo en la producción cartográfica que mostraba cada vez algo nuevo en el occidente, en la cercanía de las islas Antillas. Por un lado, el alemán Johannes Ruysch, del que se dice que, además de cartógrafo era marino y que se había adentrado en el Atlántico, produjo otro mapamundi grabado en cobre, con la misma forma del publicado un año antes por Contarini-Roselli. Siendo patente su filiación con dicha carta, deben reconocérsele como atributos principales, sus más precisas delineaciones en lo que toca al Asia y ser otro de los primeros mapamundis que ostenta la leyenda de *Mundus Novus*, aplicada a la gran masa al sur de las Antillas. Otra inscripción latina dice así, vertida al castellano, y referida a ese *Mundus Novus*:

Hasta aquí los navegantes españoles vinieron, y a esta tierra, por su grandeza, llamaron Nuevo Mundo. Y porque no la han visto en su totalidad y porque hasta este tiempo no han pasado más allá de este término, por eso aquí se deja indeterminada, sobre todo porque se desconoce hacia dónde se continúa.

En contraste con este mapa en el que se incluye esta cautelosa declaración, aparecie-

ron ese mismo año de 1507 otras producciones que se han tenido como extraordinarias y reveladoras. Me refiero a los trabajos de Martin Waldseemüller, oriundo de Radolfzell, junto al lago Contanza. Cabe recordar acerca de él, que después de abrazar la carrera eclesiástica, se dedicó a la cosmografía. Miembro de la Academia de Saint-Dié, cerca de Estrasburgo, preparó una nueva edición de la *Cosmografía* de Ptolomeo. Sin embargo, las noticias de las tierras que habían encontrado los españoles y portugueses, y la lectura de la obra *Quattuor navigationes* de Américo Vespucio, lo movieron a escribir su propia *Cosmographiae Introductio*. Con ella sacó a luz en 1507 su célebre mapa en el que, por vez primera, aplicó a la recién descubierta masa terrestre meridional el nombre de “América”. Tal cosa deja ver la enorme estimación en que tenía Waldseemüller a Vespucio. Éste había dado a conocer en 1503 los resultados de sus navegaciones, proclamando que había descubierto algo en verdad extraordinario: una gran masa de tierra que llamó *Mundus Novus*.

Volvamos la mirada, en primer lugar, al mapamundi de Waldseemüller en el que, además de las Antillas, aparecen, separadas del todo como si hubiera un estrecho para pasar al Asia, dos alargadas superficies terrestres. La meridional ostenta varias leyendas. Una dice: “Toda esta provincia ha sido descubierta por mandato del rey de Castilla”. Más abajo se lee: *América*. A lo largo de las que pueden tenerse como costas orientales de dicho continente hay otra anotación: *Terra ultra incognita*, “La tierra, más allá, no se conoce”. De cualquier forma se deja entender que, más allá de ella, se encuentra otro mar. Esto resulta sorprendente si se recuerda que tan sólo ocho años después, en 1513, Vasco Núñez de Balboa, descubriría el Pacífico, desde su litoral americano. Respecto de la masa terrestre al norte, en la que parece haber una indentación, a modo de golfo, como anticipando al de México, debe notarse la consiguiente leyenda: *Terra ulterior incognita*, “La tierra ulterior es desconocida”. Como para precisar la ubicación que da Waldseemüller a esas dos masas terrestres, delineó arriba del mapa dos hemisferios, con las figuras de Ptolomeo (a la izquierda) y Américo Ves-



**Figura 9.** Mapamundi de Martín Waldseemüller, descrito por él en su *Universalis Cosmographia secundum Ptolomaei Traditionem et Americi Vespucii Aliorumque Lustrationes*, Estrasburgo, 1507. El mapa, publicado aparte, ostenta una proyección cónica modificada, al modo ptolemáico. África aparece tomando en cuenta los descubrimientos portugueses. En cambio, respecto de Asia continúa siguiéndose la delineación ptolemáica. En el extremo derecho aparece Cipango (Japón). En el extremo izquierdo del mapa se ve —separado por completo de Asia— el Nuevo Mundo, hipótesis aún sin base experimental. El continente, aparte de las islas, aparece dividido en dos partes separadas por un estrecho. Arriba de la línea que marca el Trópico de Capricornio se lee América (por Américo Vespucio). En dos pequeños hemisferios que aparecen en la parte superior, al centro, se miran, a la izquierda, el Viejo Mundo, con Ptolomeo y el Nuevo Mundo —con una delineación semejante a la del mapamundi— con Américo Vespucio a la derecha. (Se conserva en Würtemberg, Biblioteca Walburg zu Wolfegg-Waldsee.)

pucio (a la derecha). Al lado de éste se halla el hemisferio occidental. Allí las dos masas terrestres al norte y sur, aparecen unidas y totalmente separadas, por el mar, del Asia. A la izquierda de la región que correspondería a México, se ve una gran isla con el nombre de Cipango (Japón).

Además de este mapa, dio también entonces a conocer Waldseemüller, en forma de doce gajos —como diseñados para un globo terráqueo—, otro mapamundi con características muy semejantes al anteriormente descrito. Aunque mucho más esquemático, en él se reitera el empleo del vocablo *América* y se sitúa al alargado continente teniendo a su izquierda la isla de Cipango.

Lo aportado por Waldseemüller implicaba un cambio radical en la *imago mundi*. Postuló él que lo hasta entonces conocido más allá de las Antillas, era una masa terrestre —¡América!— circundada por dos océanos y, por tanto, separada totalmente del Asia. Tal concepción —a pesar de limi-

taciones como la estrechura de la masa continental— era en verdad revolucionaria, y hoy puede decirse además que, aparte de la referida estrechura, bastante cercana a la realidad. A pesar de esto, si nos situamos en 1507, cuando se elaboraban estos mapas, debemos reconocer que lo hasta entonces explorado no daba base alguna segura para tal interpretación. Nada tiene de extraño, por tanto que, con excepción de un mapamundi, producido en 1512 por el polaco Johannes Stobnicza, que es copia de los dos pequeños hemisferios que aparecen en la parte superior de la carta de Waldseemüller, las incógnitas perduraran en la cartografía de los años siguientes.

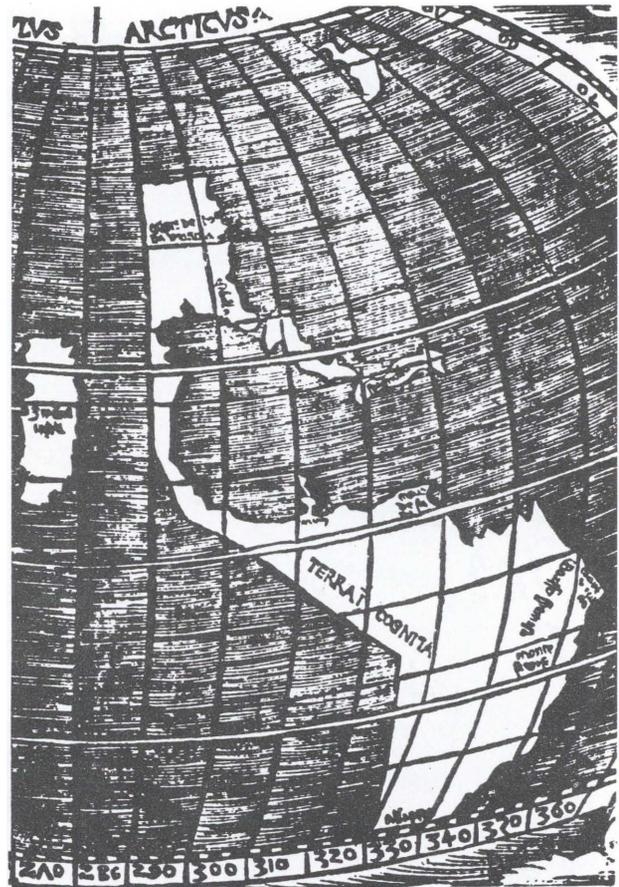
Un ejemplo de cautelosa actitud es otro mapa del ya mencionado Francisco Roselli, publicado en Florencia alrededor de 1506. En él introduce una proyección oval. Además de que la delineación del África es bastante adecuada, alude al viaje de Caboto en 1497. En la gran masa meridional registra:

*Terra S. Crucis Sive [o] Mundus Novus.* Por el norte se ve la amplia fachada de los litorales explorados por los Caboto y Corte-Real. No se pronuncia, en cambio, por lo que pueda o no haber en la región central, más allá de las que designa “Hispanae insulae”. Tan sólo en el extremo derecho del mapa, dentro de la correspondiente latitud, se delinea la isla de Cipango. Rasgo interesante es que, debajo de África, aparece otra masa continental cruzada por el círculo Antártico.

En contraste con estos extraordinarios progresos en la representación de lo encontrado en vez de las Indias a las que Colón pensó haber llegado, los mapamundis que se siguieron difundiendo entre 1508 y 1519 o añaden relativamente poco o constituyen retrocesos a la antigua delineación de tipo ptolemáico.

Así, por ejemplo, se publicó en Venecia (1511) una nueva edición de la *Geografía* de Ptolomeo, debida a Bernardus Sylvanus. En su atlas incluyó éste dos mapamundis, uno que añade muy poco a la representación tradicional ptolemáica y otro pretendidamente “moderno”. En éste, sin tomar en cuenta lo aportado por Waldseemüller, delinea tan sólo una gran masa continental al sur (“Terra Sanctae Crucis”), y al norte registra, al modo de dos islas, las que llama “Terra laboratorum” (Labrador) y “Regalis Domus” (Casa Real), esto último como probable alusión equivocada a los apellidos de los Corte-Real.

Casi a paradoja sonará enterarse que el mismo Waldseemüller, que en 1507 había publicado sus revolucionarios mapamundis, más tarde, en 1513 —el mismo año en que Núñez de Balboa, contemplando el Pacífico, hacía verdadera la anterior hipótesis de este cartógrafo— sacara a luz otras cartas que denotan un abierto retroceso en su concepción de la *imago mundi*. Además de publicar en las prensas de Estrasburgo una nueva edición de la *Geografía* de Ptolomeo con un mapamundi al modo tradicional, incluyó otro en el atlas de su *Orbis Typus Universalis iuxta Hydrographorum Traditionem* (Estrasburgo, 1513). En él la representación de las tierras al occidente es sumamente pobre y bastante parecida a la del mapamundi de Bernardus Sylvanus. ¿Se había arrepentido Waldseemüller de su atrevimiento en sus producciones cartográficas de 1507?

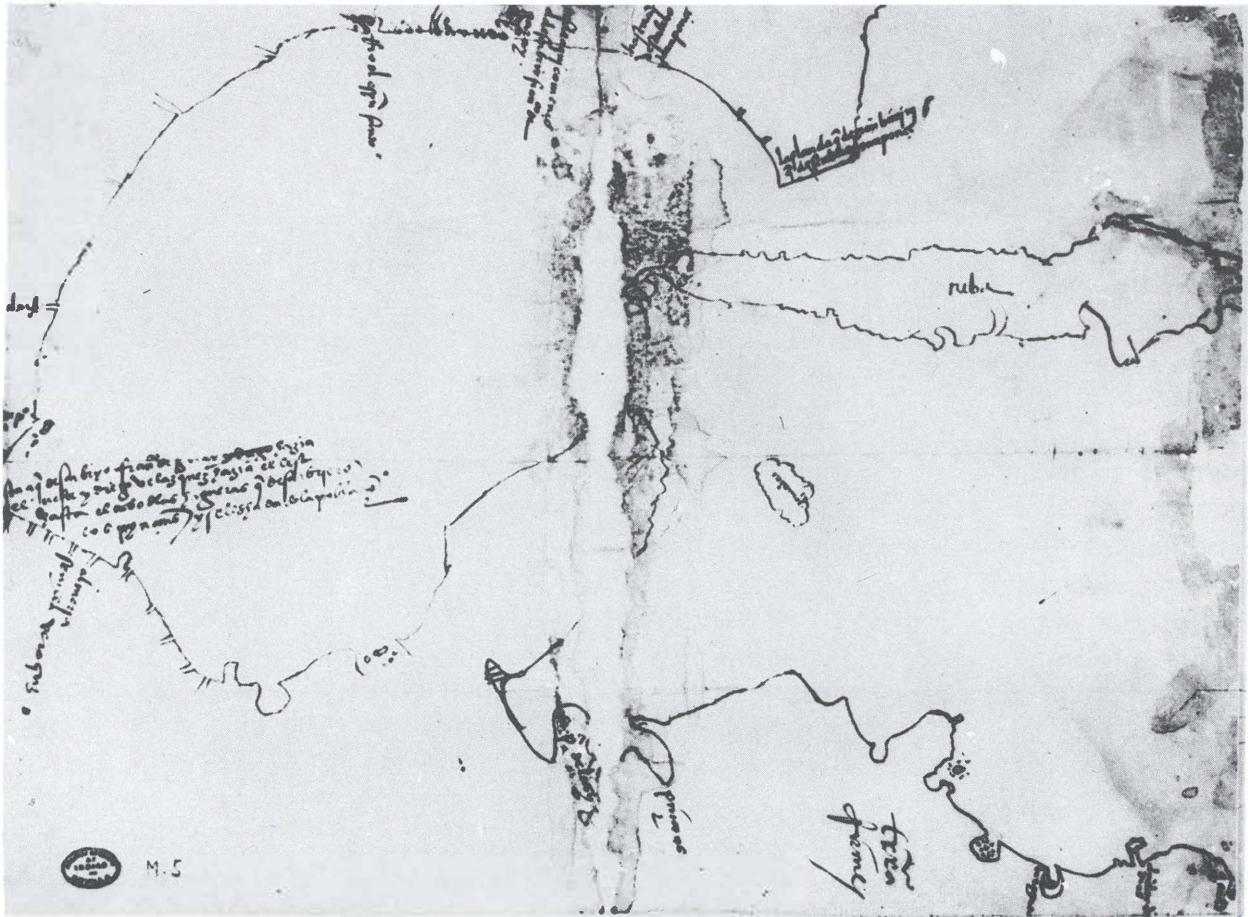


**Figura 10.** Detalle del mapa de Johannes Stobnicza (1513), cartógrafo polaco, inspirado en la obra de Waldseemüller (1507).

Otros, en cambio, optaron por seguirlo en lo que podía parecer fantástico en esos mapas de 1507. Entre ellos sobresalen el ya mencionado polaco Johannes Stobnicza (Cracovia, 1512), Louis Boulangier (León, Francia, c. 1514), y Peter Apian (Viena, 1520). Del mapamundi de este último puede añadirse que dibujó en él, más allá de la fachada oriental de América del Sur, una embarcación, como para subrayar la existencia de otro océano, el descubierto siete años antes por Núñez de Balboa, y el mismo por el que justamente entonces navegaba Magallanes tras haber doblado el estrecho que hasta hoy lleva su nombre.

#### *Exploraciones hacia el cercano norte y poniente de las islas Antillas: la Florida, Yucatán y México*

En tanto que, hacia el sur y al norte, se proseguían las exploraciones a lo largo de la gran fachada continental sin que se descubriera estrecho o paso alguno —fuera del de Magallanes en 1519— los viajes se in-



**Figura 11.** Mapa de los litorales del golfo de México. Cuba lo cierra, con la Florida al norte, y Yucatán, también como península, al sur. El texto a mano dice: “Hasta aquí descubrió Francisco de Garay, y Diego Velázquez hacia al este, hasta el cabo de las Higueras que descubrieron los Pinzones y se les ha dado la población”. El mapa es resultado de la expedición que, por órdenes de Garay, llevó a cabo Alonso Alvarez de Pineda en 1519. (Se conserva en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

crementaban en el área circuncaribe. Rumores de la existencia en una isla de nombre Bimini de una fuente cuyas aguas conferían eterna juventud, fueron incentivo de nuevo género de expedición. Juan Ponce de León desde Puerto Rico, isla conquistada varios años antes, zarpó en 1513 en busca de esa fuente de la eterna juventud. En Pascua Florida alcanzó tierras, que tuvo él por una isla, y eran en realidad la que hasta hoy se conoce como península de Florida.

Otras noticias más o menos legendarias aludían a tierras muy cercanas a las Antillas, con grandes ciudades en las que abundaba el oro. El mismo Colón en el tercero de sus viajes había navegado a lo largo de las costas de Honduras, no muy lejos del sur de Yucatán. Y, años adelante, otros continuaron pasando también muy cerca, como los que en 1511, viajando de Cuba con rumbo a Castilla del Oro en Panamá, naufragaron en las costas de Yucatán, entre ellos Gonzalo Guerrero, que se convirtió en cacic

que maya, y Jerónimo de Aguilar, que más tarde llegaría a ser valioso auxiliar de Hernán Cortés en calidad de intérprete.

Ya en 1517, zarpando con rumbo al poniente, desde Santiago de Cuba, Francisco Hernández de Córdoba, y un año después, Juan de Grijalva, tocaron las islas de Mujeres y Cozumel, las costas de Yucatán y una parte del litoral del golfo de México. Si la primera de estas expediciones aportó ya información capaz de despertar con gran fuerza nuevas ambiciones, la segunda las acrecentó, puesto que se había adentrado más en el gran país con ciudades y pueblos “con templos de altas torres . . . , gente de grande ingenio . . . , que tenían ciertas calderas de oro . . . , brazaletes de oro . . . , rodela relucientes de oro . . . , campanillas y collares de oro . . . , edificios de cal y arena, muy grandes . . .”. Muchas maravillas habían podido contemplar quienes en 1518 viajaron con Grijalva, como ese “gran pueblo que, visto desde el mar, no parecía menor que Sevilla,

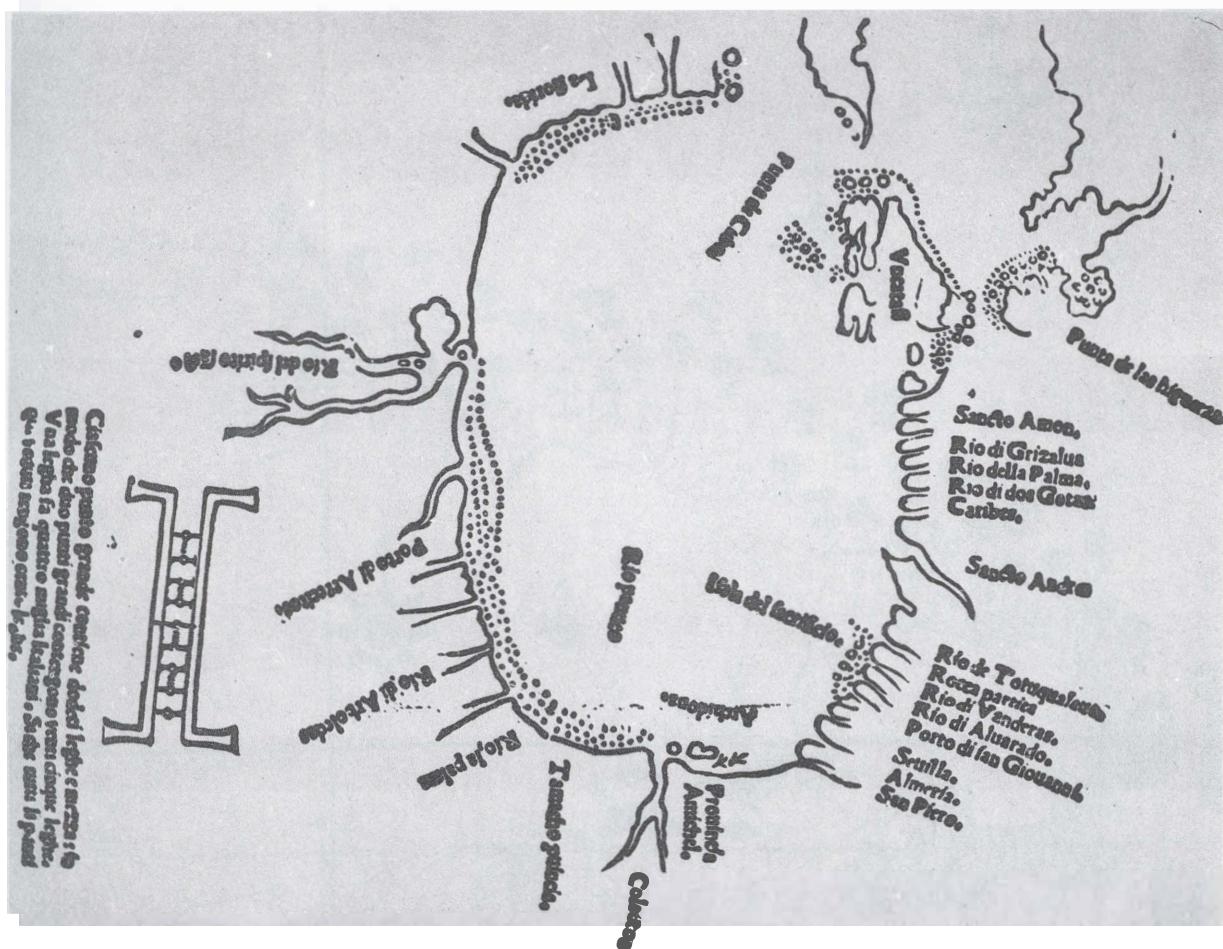


Figura 12. Mapa del golfo de México, incluido en la edición latina de la Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés, publicada en Nuremberg y en Venecia, 1524. En él es perceptible gran semejanza con el atribuido a Alonso Alvarez de Pineda. Importante diferencia es que Yucatán aparece como isla.

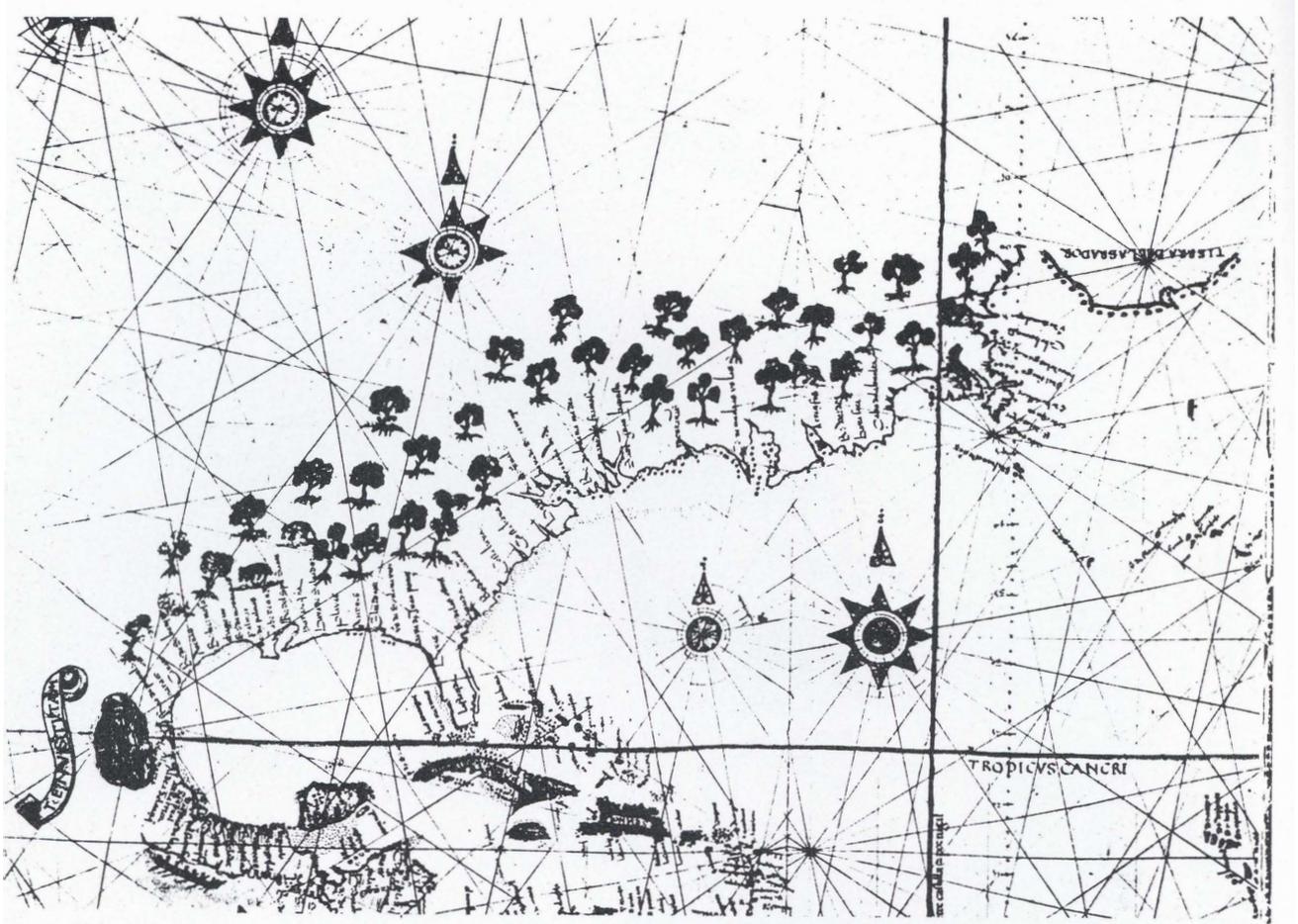
así en las casas de piedra, como en sus torres y grandeza . . .”<sup>8</sup>

Lo hallado en esta expedición pronto comenzó a difundirse no sólo en el ámbito del Caribe, sino también en el Viejo Mundo. El clérigo Juan Díaz, capellán en el viaje de Grijalva, había escrito lo que intituló “Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518”. Tal opúsculo, enviado a España, comenzó a difundirse muy pronto en letra impresa. Apareció así publicado en italiano (Venecia, 1520), en latín (Valladolid, 1520), en alemán (Ausburgo, 1522) y en otros varios lugares. Excitadas las imaginaciones, llegó a pensarse que, al fin, se había llegado ya a las Indias por la ruta del poniente. Ello comenzó a propalarse, al afirmarse en tales publicaciones que esas tierras de Yucatán eran parte de la India.

<sup>8</sup> Juan Díaz, “Itinerario de la Armada . . .”, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, 2 v., México, 1858, t. 286 y siguientes.

Dos expediciones, que pueden considerarse decisivas, siguieron en 1519 a las de Hernández de Córdoba y Grijalva. Una y otra partieron movidas por las grandes noticias acerca de ciudades y pueblos ricos en oro. Una, menos conocida y como opacada por la otra, fue enviada por el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Al frente de ella estuvo Alonso Alvarez de Pineda. Sus instrucciones incluían “encontrar un paso o estrecho” para penetrar más en el interior del Asia, o si no se hallare, hacer poblamiento en ese país del oro. Explorando durante casi nueve meses de 1519 a lo largo de las costas del golfo de México, desde las de Yucatán hasta las de Florida, Alvarez de Pineda dispuso un mapa bastante bien logrado, el primero que se produjo de esta área tan grande e importante.

La otra expedición es la bien conocida de Hernán Cortés que, iniciada ya contra la voluntad del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, el que la había concebido, culminó, casi dos años y medio después, con la



**Figura 13.** Es esta una temprana delineación del golfo de México y tierras adyacentes. Se trata del llamado *Mapamundi Salviati* delineado por cartógrafo anónimo hacia fines de 1525, y entregado como valioso presente a un miembro de la familia florentina de los Salviati. En él se pone gran énfasis en destacar la ciudad de “Temistitán”. Yucatán aparece como isla. Las costas del Pacífico todavía no se registran. (Conservado en la Biblioteca Medicea-Laurenziana de Florencia.)

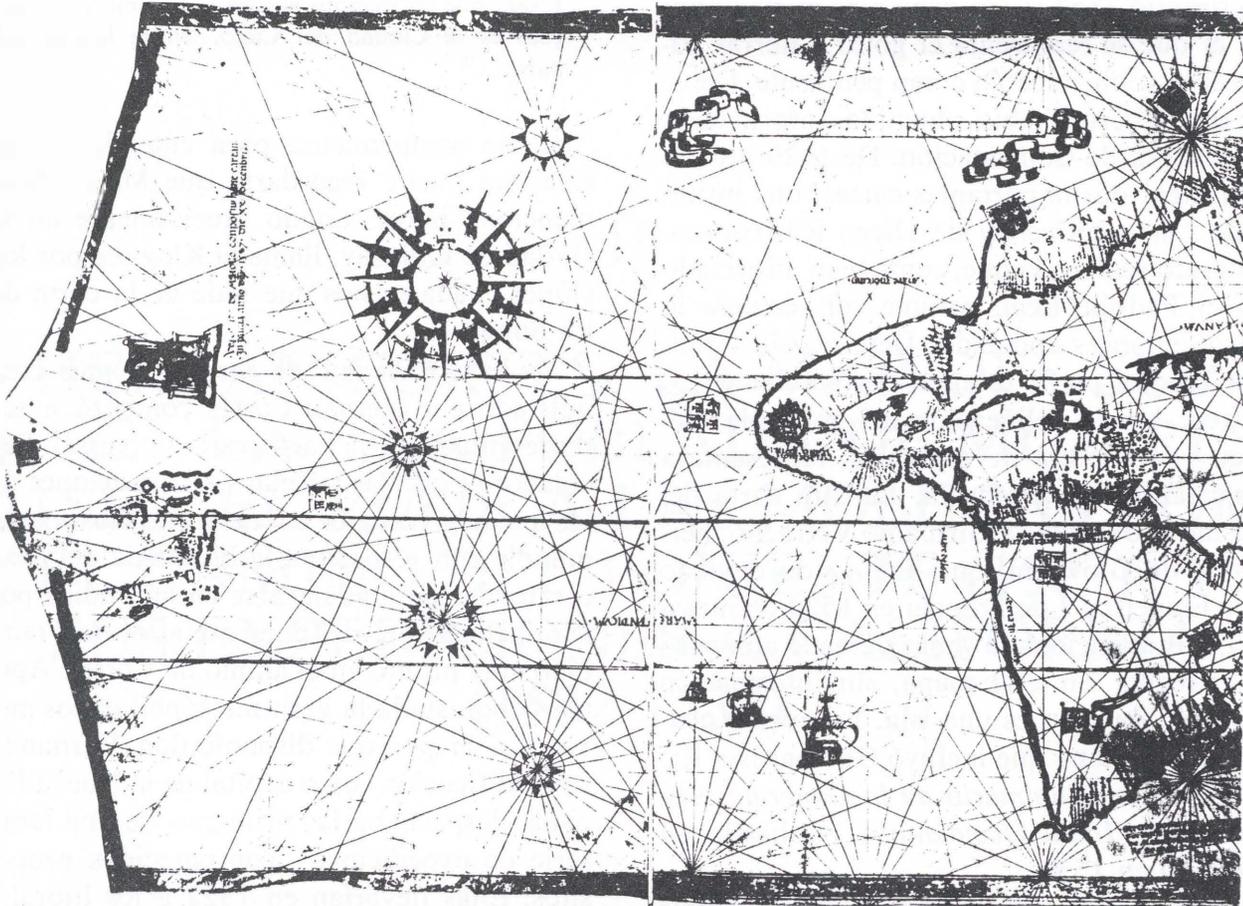
toma de la gran capital de los mexicas o aztecas, la ciudad de México-Tenochtitlan. Así como había ocurrido con las primeras noticias derivadas del opúsculo del capellán de la armada de Grijalva, pero ahora con mucha mayor intensidad y amplitud, los informes —*Cartas de Relación*— que remitió Cortés al emperador y los grandes presentes que también le hizo llegar, provocaron en el Viejo Mundo, como nunca antes, estupor y afán por saber más acerca de ese país, al que nada menos que Alberto Durero llamó entonces “nueva tierra del oro”.<sup>9</sup>

Tal expresión la puso por escrito en su *Diario* del año 1520, después de haber contemplado el conjunto de presentes, que Cortés había enviado a Carlos V. Otros hubo, como el nuncio papal en España Ruffo de

Forli y el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería —al servicio de la corona— que también escribieron dando salida a su admiración. Uno y otro notaron de modo especial que, además de los objetos de oro, plata, piedras finas y arte plumario, Cortés había remitido dos libros de los nativos de esa tierra. Pedro Mártir los describe y compara sus signos con lo que recuerda de los del antiguo Egipto.

Al publicarse en 1522 (Sevilla) la segunda carta de relación de Cortés, en la que da cuenta de su Conquista, fue tanto el interés en torno a ella que pronto se tradujo a las principales lenguas de Europa. Precisamente en las ediciones alemana y veneciana (1524), se incluyeron dos mapas. Uno, inspirado sin duda en el de Álvarez de Pineda, representó los litorales del golfo de México, desde Yucatán a la Florida, indicando claramente su situación con respecto a Cuba. El otro fue un plano esquemático de la ciudad de México-Tenochtitlan. Concebido con un estilo euro-

<sup>9</sup> Albrecht Dürer, “Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520”, en *Albrecht Dürer in seiner Briefe und Tagebüchern*, Zusammengestellt von Ulrich Peters, Frankfurt am Main, 1925, p. 24.



**Figura 14.** Golfo de México según Maiollo, 1527. Era Maiollo un conocido cartógrafo de Génova. Es éste el primer mapa en el que se delinea ya un litoral en el Pacífico de las tierras que se identifican con el perfil geográfico del golfo de México en el Atlántico. La existencia del litoral Pacífico pudo conocerla Maiollo con base en la tercera Carta de Relación de Cortés, de fecha 15 de mayo de 1522 y que había sido publicada en 1524. Lo delineado por Maiollo, sin embargo, es meramente hipotético. Yucatán aparece como isla y, al sur de ella, hay un estrecho, el anhelado paso que comunica ambos océanos. (Conservado en la Biblioteca Ambrosiana, Milán.)

peo, en él se perciben, no obstante, la traza interior de la metrópoli indígena y las calzadas que cruzaban los lagos y unían la isla con las riberas más allá de las aguas.

La cartografía universal, como por encanto, comenzó a modificarse desde fechas muy cercanas a la de la consumación de la conquista de México. El gran golfo de este nombre con sus dos penínsulas, de Florida y Yucatán, apareció, en sus líneas generales, bastante bien delineado en varios mapas a partir de 1525. La principal variante que puede observarse es que en algunos de estos Yucatán aparece como península y en otros como isla. Se debió esto probablemente a que en el mapa que se publicó con la Segunda Carta de Relación de Cortés (en Nuremberg y en Venecia, 1524) Yucatán se representa como isla. En cambio en el mapa de Álvarez de Pineda, conservado en la Casa de Contratación en Sevilla, Yucatán es península. Q

nes tuvieron acceso directo a esta última información no cayeron en error.

Será de interés mencionar al menos algunas de estas delineaciones, incluidas todas en mapamundis. El más antiguo parece ser el que se conoce como “Mapamundi Salviati” (c. 1525) con Yucatán como isla (Biblioteca Laurenziana, Florencia). Más preciso es el Planisferio (1526) de Juan Vespuci, sobrino de Américo, y que fungía como piloto en la Casa de Contratación, con Yucatán —según podía esperarse— como península. Peculiar es, en cambio, la delineación que introduce el Vizconde de Maiollo en su mapa (Génova, 1527), con Yucatán como isla y un poco más abajo, —al comienzo norte de lo que hoy se nombra Centroamérica—, un paso o estrecho que comunica con el océano Pacífico; es decir un falso anuncio de cumplimiento del obsesionante anhelo.

A Robert Thorne en su *Orbis Universalis*

*Descriptio* (1527), se debe otro mapamundi en el que se representa el golfo y tierras adyacentes, con Yucatán como península. Consta que Thorne había obtenido información de la Casa de Contratación. De 1529 provienen otras dos importantes cartas, una intitulada *Carta Universal* de Diego Ribero, cosmógrafo real, en la que, como bien informado en el Padrón Real, resume con cautela lo hasta entonces conocido. Deja así sin terminar todo el perfil oriental de Norteamérica. Ofrece buena delineación del golfo de México y, como era de esperarse, representa a Yucatán como península. La otra carta del mismo año se debe a Girulamo Verrazno, hermano de Giovanni, que había sido enviado por Francisco I de Francia en 1524 en busca del multimencionado y más deseado aún paso o estrecho. En este mapa, sin información directa, Yucatán es una isla. Lo mismo ocurre con el mapa que incluyó Gianbattista Ramusio en su *Summario de la Generale Historia de l'India Occidentale*, publicado en Venecia en 1534.

A un último trabajo será de interés aludir aquí: un panfleto intitulado *Opusculum Geographicum* (1533), debido al cosmógrafo Johannes Shöner, natural de Carlstadt. En él —recayendo en la idea de que lo descubierto seguía siendo parte del Asia—, escribió:

A través de un largo circuito hacia el oeste . . . , hay una tierra llamada México y Temistitán en la Alta

India, que en tiempos antiguos se llamó Quinsay, esto es la Ciudad del Cielo, en la lengua del país . . .<sup>10</sup>

Como complemento para entender mejor esta cita puede recordarse que Marco Polo menciona haber estado precisamente en la ciudad de Quinsay, llamada King-see por los chinos, nada menos que sede de la corte de los Sung.

De esta variedad de formas el país conquistado por Hernán Cortés comenzó a ser representado en la cartografía universal. Revelador es que las mismas preocupaciones de las que hay vestigios en varios de esos mapamundis con respecto a la búsqueda del paso o estrecho para adentrarse en las Indias por la anhelada ruta del poniente afloraran también muy pronto en el ánimo de Cortés. Apenas conquistada la gran metrópoli de los mexicanos, a la par que disponía don Hernando su reedificación como capital de la Nueva España, despachaba las primeras, de una larga serie de expediciones, con parecidos propósitos. Ellas llevarían en 1522 a los litorales mexicanos del Pacífico; buscar luego el estrecho por ambos mares; enviar una armada a las Molucas y emprender la exploración del noroeste, topándose precisamente con California. Pero todo esto —que hacía renacer en el contexto del México-Nueva España muchas de las ambiciones colombinas— es tema ya del capítulo siguiente.

<sup>10</sup> Johannis Schöneri Carolostadii *Opusculum Geographicum*, 1533. De este trabajo se conserva un ejemplar en la Biblioteca John Carter Brown, en Providence, Rhode Island. La cita proviene de Emerson D. Fite y Archibald Freeman, *A Book of Old Maps*, Harvard University Press, 1926, p. 37.